

MEXICANOS
POR
PATRIA Y PROVINCIA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 47

MEXICANOS POR PATRIA Y PROVINCIA

por

Gustavo Marcovich

 **CONACULTA**

DIRECCIÓN GENERAL
DE PUBLICACIONES

*F*ICTICIA

MÉXICO
2014

MEXICANOS POR PATRIA Y PROVINCIA

D.R. © Gustavo Marcovich

D.R. © Terry Priest, por la fotografía de la portada

Primera edición: 2014

Coedición: Ficticia S. de R.L. de C.V./
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-
Dirección General de Publicaciones

D.R. © 2014 Ficticia S. de R.L. de C.V.
Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, c.p. 11000,
México D.F.
www.ficticia.com / libreria@ficticia.com
Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Editora: Mónica Villa

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño de la obra: Armando Hatzacorsian

Fotografía del autor: Paulina Ugarte Chelén

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

D.R. © 2014 Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Publicaciones
Avenida Paseo de la Reforma 75, col. Cuauhtémoc, c.p. 06500
México D.F.
www.conaculta.gob.mx

ISBN: 978-607-521-047-6 Ficticia

ISBN: 978-607-516-675-9 CONACULTA

Todos los derechos reservados.

Impreso y hecho en México / *Printed in Mexico*

CONTENIDO

| | |
|---|----|
| EL VIAJE | 13 |
| HIPERMNESIA | 21 |
| POR PATRIA Y PROVINCIA | 27 |
| ¿DÓNDE QUEDÓ LA BOLITA? | 35 |
| ¡AH, QUÉ PINCHE SOL! | 39 |
| CUARTO PARA LAS DOS | 43 |
| OLOR A CALDO | 53 |
| HE ENCONTRADO MUCHOS GATITOS | 57 |
| TODO UN <i>NUDNIK</i> | 59 |
| SÍ, MARAVILLOSO, AJÁ, PERO... ¿Y LAS LUCIÉRNAGAS? | 63 |
| ¡NO! PARA ALLÁ NO | 71 |

| | |
|-------------------------------------|----|
| NAHÚM | 75 |
| LOS VALIENTES HUYEN A CABALLO | 79 |
| LA CENA | 87 |
| LA PAJA DE LA REINA | 91 |
| ENTRE LAS PIERNAS | 93 |

*A mis hermanos
porque sin ellos sería un hombre sin hermanos*

PRIMER SERVIDOR: —¿La estatua de un dios? ¡Déjate de bromas! ¿Tú crees realmente en los dioses?

SEGUNDO SERVIDOR: —¿Yo? ¡Naturalmente!

PRIMER SERVIDOR: —¿Y en qué te fundas?

SEGUNDO SERVIDOR: —En que me detestan.
¿No crees que sea un argumento suficiente?

ARISTÓFANES, *Los caballeros*

EL VIAJE

A Pepe lo bajaron de la limusina afuera de la terminal de autobuses del pueblo.

¿De qué pueblo? No tenía la menor idea.

Tampoco le importaba. Había tenido un día fenomenal. Todo comenzó por la mañana cuando, con la derrota a cuestas, salió de su casa a conseguir trabajo. No partió muy convencido. Llevaba ya unos tres meses en busca de algo que hacer y, por lo cual, si se podía, le pagaran.

El fracaso estaba asegurado.

Sin embargo, prefería vagar la jornada laboral que soportar a su mujer en bata gritándole que se pusiera a hacer algo. Pese a que contaba con algún ingreso de la jubilación y unos pesos ahorrados, su esposa no lo dejaba holgazanear en paz.

Se avocaba, entonces, al ritual cotidiano.

Despertaba temprano. Un regaderazo, un traje otrora de marca, el mandil para prepararle a su mujer el desayuno y a la calle. La vida es lo cotidiano —solía consolarse.

Él sólo se tomaba un café cargado y sin azúcar. No le gustaba menear la cucharita. Se le hacía obsceno y ya para qué.

Afuera, alrededor de la media mañana, acostumbraba ingerir unos cuantos tacos. De los más grasosos y con antecedentes casi penales. Como buscando la muerte.

Entre la fuga de la casa y los tacos, compraba el periódico. Lo leía en el parque. Primero, extraía la sección de avisos oportunos y la tiraba a la basura sin mirarla. Luego, sentado en la banca que casi sentía como propia, daba un vistazo al cúmulo de noticias que, realmente, no le interesaban.

Ese día, sin embargo, sucedió algo especial: el bote de basura acostumbrado no estaba en su lugar. Alguien se lo robó. Abatido, caminó a su banca habitual. Extrajo la sección de anuncios clasificados, hizo un avión con ella, lo forzó a despegar acompañado del movimiento poco grácil de su brazo y vio cómo, después de recorrer una torpe e irregular trayectoria, se fue a estrellar a unos cuantos decímetros de sus pies. Lejos, muy lejos, de la pista de aterrizaje.

Tomó el accidente aéreo como un presagio y decidió no leer resto de las noticias. Repentinamente tuvo ganas de hablar con alguien. Recordó a sus viejos camaradas del café y decidió visitarlos. No tenía sentido porque ya todos estaban muertos o en algún asilo. En realidad no eran tan viejos, pero los tiempos habían cambiado y, si bien las personas viven más años, ya nadie las aguanta.

Aun así optó por ir al café de antaño. Tal vez alguno de sus amigos había resucitado o vuelto de Alzheimer.

Dejó el periódico a medio leer sobre la banca por si algún otro lo llegara a ocupar. Sabía que nadie lo cogería, que ahí mismo lo iba a encontrar al día siguiente, porque ya nadie lee o porque les da miedo tocar cosas ajenas o porque el servicio de limpia no haría su trabajo. Una sonrisa triste asomó en su rostro. Salió del parque y se encaminó a probar fortuna.

Unas diez cuadras lo separaban de su destino. Caminó despacio y casi en línea recta, como acostumbran los que no tienen nada que hacer. Pasó delante de su taquería fa-

vorita y no se detuvo, aunque los taqueros lo saludaron de manera obsequiosa, incitante.

Aceleró el paso sin que nadie se percatara. Debía aprovechar el tiempo para volver a su casa a la hora de la comida. No sea que su mujer le reclamara el resto de la tarde, lo cual, nunca se sabe, podría ser el resto de la vida.

A escasas dos cuadras de la meta, desde la esquina, vio un tumulto de gente que ocupaba el ancho de la banqueta y una porción de la calle. Detuvo su andar. Justo a tiempo porque el semáforo indicaba que así sería más seguro.

La subsecuente luz verde le inspiró el ánimo suficiente para cruzar la ancha avenida en el tiempo necesario y pertinente. El gentío estaba próximo y había de tomar una decisión: o se regresaba al hastío de su cotidianidad o cambiaba de acera, poniendo en peligro su integridad física al cruzar otra calle o seguía de frente.

Dudó menos de lo que pensaba y avanzó decidido.

—¡Qué se jodan! —murmuró, deseando que lo oyeran.

No pensó en las consecuencias. La gente ya no suele ser tan amable y el espacio es reducido pese a que —según dicen— el Universo se expande.

La multitud formaba un compacto grupo de energúmenos que, con un movimiento aleatorio, pretendían algo. Ver a alguien o pedir prestado o entrar o salir de algún lugar. Era un caos. Pensó en recular. No era posible, la masa lo engullía.

Al llegar al meollo del asunto, al epicentro, no supo más de sí. Fue arrastrado como por una ola de cualquier tamaño y levantado casi en vilo. Sentía que sus pies no tocaban fondo y se dejó llevar.

Total, entre eso y su esposa...

Cerró los ojos como para no estar ahí y sintió como su cuerpo se encogía por la fuerza de la marejada que lo arrastraba mar adentro hasta que, de repente, sintió un

golpe de frío y un portazo. Abrió los ojos, se reincorporó sobre sus rodillas y entendió que estaba dentro de lo que parecía un amplio coche o una gran sala con un sillón de un lado y otro enfrente.

Miró por la ventana y vio como la marabunta quedaba atrás hecha un desastre de manos, gritos y algunas cámaras fotográficas que le apuntaban de manera insolente. Disipada la nube, también pudo observar que se alejaban de una funeraria bastante conocida.

El brusco arranque del coche lo obligó a tomar asiento. Quiso la inercia que optara por aquel que iba dando la espalda al camino y viendo al pasado. En esa dirección, precisamente, se topó con la mirada de ella: la viuda. No tenía idea de quién estaba tras esos lentes oscuros, pero el vestido negro indicaba a todas sombras que se trataba de una mujer que había perdido a su marido hace pocas horas. Podría haber perdido a otro familiar pero deseó, sin saber por qué, que fuera a su esposo.

Ella no lo vio o no le importó verlo. Mantuvo la mirada, o lo que había tras las gafas, en una impávida línea recta. Como mirando el camino de frente, cosa que ella sí podía hacer.

Así anduvieron unas pocas cuabras hasta que el rojo de un semáforo los obligó a detener la marcha. El chofer de la limusina aprovechó la ocasión para abrir la ventanita que separa a los mortales que manejan de los sobrehumanos que sólo viajan. Hizo un gesto con la mano derecha que denotaba una interrogante sobre el pasajero sin boleto y preguntó:

—¿Lo bajo?

La viuda simplemente movió la cabeza de un lado a otro repitiendo el más ancestral de los gestos que, simplemente, significa no, y que pocos, casi nadie, entiende ni acata.

El vehículo prosiguió su marcha silenciosa. El aire acondicionado era confortable y sólo superado por lo mullido del asiento revestido de un material tan sutil que Pepe no lograba descifrar su origen.

Así pasaron largo rato en el pesado tráfico de media mañana. Cuando la vía se despejó y el auto pudo tomar mayor velocidad, ella pareció aliviada para romper el histórico silencio.

—¿Quiere tomar algo? Hágame el favor —ofreció a la vez que pulsaba un casi invisible botón con su largo dedo índice que provocó la mágica aparición de una cantina bastante bien surtida entre los dos asientos.

El asombro fue tan mayúsculo que Pepe agarró un vaso cualquiera, uno de los grandes, y comenzó a llenarlo de hielos con la mano hasta que ella lo detuvo con una sutil observación.

—¡No sea guarro! Ahí hay unas pinzas y sírvame uno a mí también.

La orden tajante lo iluminó lo suficiente como para descubrir el utensilio indicado a un costado de la hielera. Tomó otro vaso y también lo llenó de frescos cubitos. Luego oteó las diversas botellas y, para su alivio, vislumbró que todas eran iguales, por lo que no debía ni elegir ni preguntar. Sirvió generosas cantidades de lo que consideró whisky y le pasó a ella su respectivo vaso.

La viuda tomó un largo trago y él la imitó gustoso.

Pensó que esto sí debía contárselo a sus amigos y que, si todos estaban muertos, tendría que hacerse de unos nuevos.

Volteó a mirar por la ventanilla tanto para ubicarse en el espacio como para evitar la mirada de aquella imponente señora. No tenía la más remota idea de dónde se encontraban; sin embargo, las señales que comenzaban a pasar a una velocidad ya considerable, le indicaron que estaban agarrando carretera.

Regresó su mirada al frente, es decir, atrás, y vio que una camioneta negra con vidrios polarizados los seguía a corta distancia, casi tocando los parachoques.

—Creo que nos vienen siguiendo —comentó de manera serena.

—Son mis guardaespaldas —contestó ella y procedió a ingerir el resto de su bebida de un trago—. Sírvame otro igual pero sin hielos.

Él accedió de manera galante. La viuda agarró el vaso y sus manos se rozaron ligeramente. Luego sacó un cigarrillo de su bolsa y se lo puso en la boca con elegancia. Así, glamorosa, esperó unos segundos.

Pepe sonreía.

—¡Deme fuego, idiota!

Pepe pareció despertar de su marasmo y comenzó a rebuscar en sus bolsillos. Quiso la suerte que llevara los cerillos con que solía prender el boiler por las mañanas. Medio tembloroso sacó uno, lo raspó contra la cajita y acercó la llama hasta la kilométrica punta de aquel tabaco.

Ella inhaló, exhaló una fina y extensa bocanada y soltó la primera frase de lo que se convertiría en una larga exposición de motivos.

—Mi marido era un hijo de la chingada.

Pepe, sorprendido, supuso que ese era el momento apropiado para bajarse o para seguir. El paisaje exterior, plagado de esa nada que llaman campo, la curiosidad que la doña le despertaba, la posibilidad de un largo abastecimiento de buena bebida y, sobre todo, las ganas de no volver a su triste vida, volcaron la votación hacia la segunda opción. Casi casi por unanimidad.

Se sirvió otro whisky rebosante, también sin hielos; se arrellanó en su sillón correspondiente y se dispuso a escuchar lo que siguiera.

La viuda comenzó a hablar y habló de todo. En especial se enfocó en describir las trapacerías de su difunto marido. De sus amantes, de cómo ascendió al poder pisoteando los derechos de medio mundo, de la cantidad de negocios al amparo de su puesto, de algunos opositores que ella suponía mandó a matar o desaparecer, en fin, de lo que un buen periodista daría la vida por saber.

Pepe sólo atinó a permanecer callado. Estaba fascinado con las mil y un historias que se le iban develando. Algunas eran realmente aterradoras. Suponía, como cualquiera, de lo que algunas personas con poder son capaces, pero no tanto. Trataba de guardar datos, nombres y eventos, más todo comenzaba a mezclarse en su cerebro de manera inexorable.

El alcohol suele hacer un caldo con las neuronas.

Así pasaron casi dos horas hasta que se detuvieron frente a la estación de autobuses de un pueblo desconocido.

—Ahora, ¡bájese! —le indicó ella.

Él, atónito y algo ebrio, buscó la manija para abrir la puerta. No tuvo tiempo porque se abrió sola o eso le pareció. En realidad el chofer le había hecho el favor y lo esperaba parado afuera.

Volteó a verla por última vez. Adivinó una figura todavía llamativa bajo el elegante vestido negro, fijó su mirada sobre aquel rostro, como para recordarlo, y bajó.

Parado afuera del coche entendió que no sabía en dónde estaba.

El chofer le extendió la mano y puso en la suya un billete de quinientos pesos.

—Para su regreso —dijo a modo de explicación.

Pepe, como si supiera qué hacer, caminó casi de frente hacia los camiones. El coche partió a su espalda. En ese momento supo algo: no tenía idea de quién carajos era

«MEXICANOS POR PATRIA Y PROVINCIA»

DE GUSTAVO MARCOVICH

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 30 DE SEPTIEMBRE DE 2014 EN
LOS TALLERES DE EL ERRANTE EDITOR S.A. DE C.V., PRIVADA

EMILIANO ZAPATA 5947, SAN BALTASAR CAMPECHE

C.P. 72550, PUEBLA, PUEBLA.

EL TIRAJE FUE DE 2000 EJEMPLARES.